



## LA LIBERTAD DE LECTURA DE MARÍA XOSÉ DÍAZ Mercedes Rozas, 1996

La seducción, que desde siempre provocó la naturaleza como inspiración, aportó al arte instantáneas sublimes en las que el artista se acercó a la creación utilizando todos los elementos esenciales que subyacen en la propia realidad. Las pruebas de esta convivencia se hacen comprensibles, a simple vista, en los géneros del bodegón o los paisajes, que se han repetido a lo largo de los siglos en el arte occidental. Pero esta relación se intensifica, si cabe más, en la cultura oriental, en la que la revelación de esta musa es especialmente tangible y expresiva. La magia que este ilimitado motivo proporciona, ha llegado a magnificarse en leyendas como las dedicadas a los pintores chinos de la antigüedad que se cuenta vivían durante largas temporadas en los bosques más inhóspitos, aislados del resto del mundo, con el objeto de fundirse en soledad con los elementos primigenios. Tal era el grado de unión con la belleza natural, que algunos acababan, ya en el taller, transformándose en réplicas del tema que pintaban, mudando de esta forma su condición humana por la de un caballo, un dragón, un bambú...

En el arte contemporáneo también el proceso creador lleva a utilizar la "fuerza vital" de la naturaleza; posiblemente, una de las páginas singularmente poéticas sobre el tema fue escrita en 1933 por Alberto Sánchez en "Palabras de un escultor". En este texto el artista glosaba apasionadamente las impresiones que le causaba el entorno físico que amaba, y hablaba de esa simbiosis con el deseo de querer convertirse en "terron de barbechos mojados".



## Mercedes Rozas, 1996

La obra de María Xosé Díaz se halla en esta constante de establecer una nueva relación, en este caso a través de la investigación de materiales. En el trabajo en el que opera su discurso se consigue la unión entre el arte, la naturaleza y el espacio, estudiando minuciosamente los efectos de la luz e incluso, como en anteriores ocasiones, del agua. Apartada ya su primera actividad como ceramista, desde hace tiempo se vuelca en la ejecución de obras en las que introduce distintos soportes y elementos. Cada pieza se manifiesta como delicada y visual, con una cierta simpatía por lo transitorio y fugaz; emanando de la fragilidad de sus cajas una sensación de serenidad y un acusado sentido del intimismo. En el proceso, detalladamente estudiado, nada sucede por casualidad, aunque sea el azar el que dispone en muchos casos el encuentro con el material, pero es la artista la que en su manipulación ejerce el control suficiente para provocar el atractivo y agradable resultado final.

Las realizaciones de esta escultora, que durante este mes se pueden ver en Santiago, dan al espectador libertad para su lectura, son abiertas en el origen de su concepto, pero intencionadamente apuntan hacia esa percepción que nos sitúa cerca de una fluencia de códigos donde la naturaleza deja su propia huella.